

blo, saludando al paso á los vecinos que estaban reunidos en la tienda de la esquina de la plaza.

—Que ganas me dan de aprehender á ese curita, dijo el alcalde.

—Por qué? le preguntó el colector.

—Porque se me figura que ha de traer encima algunos papeles y porque yo le veo toda la facha de un insurgente.

Todos los que estaban allí se rieron celebrando el chiste.

—Ahora ya se me escapó de las manos, dijo despues el alcalde, pero desde mañana no le quitaré la vista de encima.

Morelos luego que llegó alzó sus papeles debajo de un ladrillo y al acostarse exclamó:

—Vamos ahora descansando, que desde mañana comenzarán para mí las fatigas.

## CAPITULO SEGUNDO.

### EN CAMPAÑA

El cura D. José Maria Morelos y Pavon vivia muy pobremente en su curato, no acompañándole en él mas que su hermana Mónica, un muchacho que hacía los mandados y un mozo de unos treinta años, que tan bien sabia ayudar la misa como ensillar la mula y echar, en caso ofrecido, un machetazo. Este se llamaba Nicolás y familiarmente Colás.

Por la mañana se llamó la misa á las cuatro, se dijo á las cinco y á las seis entró el cura al pequeño cuarto que le servia de comedor á tomar su frugal desayuno.

—Ven acá, Mónica, tengo que hablarte.

—Mándame, hermano, dijo ella sentándose á la mesa obedientemente.

—Sin más preámbulos te confieso, agregó el cura, que mañana ó á más tardar pasado mañana, salgo

de aquí para ir á empuñar las armas en favor de la revolución.

—¿De cuál revolución? preguntó Mónica con toda inocencia.

—Pues no sabes! El cura de Dolores, D. Miguel Hidalgo, anda levantado contra los españoles y yo fui á Valladolid con objeto de ponerme de acuerdo con él para secundarlo.

—¡Jesus María y José! exclamó Mónica, pero quién te mete á tí en esas cosas?..... No lo creo.

—Eso ya ni se discute; es cosa resuelta.

—Al menos me permitirás.....

—Nada, nada,.... que no admito consejos ni réplicas. Este papel que ves aquí, es el nombramiento que me ha dado el generalísimo de los ejércitos independientes para que difunda la revolución en el Sur como su teniente general.

—Pero ¿con qué cuentas? ¿qué armas tienes? ¿qué soldados van á seguirte?

—Por de pronto están allí Colás y Francisco, que se dejarán matar por mí si es necesario, y las armas y los demás hombres voy á empezar á buscarlos.

—¡Jesus! ¡Jesus! exclamó la pobre Mónica santiguándose sin acertar á decir otra cosa.

—Durante mi ausencia, que será más ó menos larga, tal vez indefinida, yo procuraré no desatenderte: pero á fin de que no sufras molestias, será conveniente que abandones cuanto antes este curato y te vayas á nuestra casita de Valladolid, poniendo en salvo mis

pocos libros y papeles, que es lo único que puede tener algún interés para nosotros.

—Pero.... queria argüir Mónica.

—Aquí tienes ciento cincuenta pesos que fué la cantidad que me dió el cura Hidalgo para levantar la revolución; yo no los necesito y además tengo por ahí unos veinte ó veinticinco de mis ahorros, con los cuales me basta y hasta me sobra para los gastos que tengo que hacer entre hoy y mañana.

Y como habia concluido el desayuno, se levantó y se salió de allí dejando á Mónica sumida en mil vacilaciones y conjeturas.

Buscó á Colás el párroco y se lo encontró en la caballeriza limpiando la mula y el caballejo que le servia para acompañarlo algunas veces á las confesiones.

—Nuestras bestias no son de lo mejor, exclamó Morelos examinando las cabaigaduras.

—A lo menos están bien cuidadas, contestó Nicolás, y ya han dado pruebas de que pueden hacer jornadas de diez leguas.

—Sin embargo, necesitamos reponerlas con otras, porque ahora vamos á tener que hacer muy largas caminatas.

—Yo respondo al señor cura de que con estas podemos ir hasta Béxar, si es necesario.

—Sí, siempre que hiciéramos un camino ordenado, dándoles sus descansos y sus comidas por las siestas y por las noches; pero no se trata ahora de eso.

Colás que no comprendia nada, se volvió á mirar

al cura como alelado. Entonces este, según su costumbre, abordó desde luego el asunto, agregando:

—Vamos tú y yo á entrar en campaña, á hacer la guerra á los gachupines.

—¿Nosotros.... el señor cura y yo?....

Colás era intrépido, pero esta noticia le pareció monstruosa.

—Como te lo digo; mañana, ó á mas tardar pasado mañana, comenzaremos aquí ó en donde se pueda la revolución.

Ínútil es decir que la escobeta se cayó de las manos de Colás y que no tuvo ni una palabra que decir ante aquella enorme resolución.

Después de un silencio de segundos, dijo el cura:

—Tú tienes un machete, necesito que compres otro para mí y si acaso puedes encontrar una pistola....

—Una pistola! exclamó al fin Colás como saliendo de un sueño. Aquí en este pueblo no se conocen las pistolas ¡Ah! sí, creo que el comandante tiene una.

—Ya procuraremos hacernos de ella. Entretanto, búscame un machete, una espada, cualquiera cosa con que defenderme.... después tendremos de sobra todo eso.

Y el cura Morelos puso diez pesos en las manos de Colás para que fuera á comprar ese y otros encargos, recomendándole las precauciones debidas.

El pobre hombre se alejó de pronto preocupado, pero cuando observó que tanto el alcalde como el colector de diezmos estaban en acecho del curato, sintió subírsele la indignación á la cara, que después se con-

virtió en cierto gustillo interior, por el chasco que iba á dárselos.

A las dos horas que volvió Colás llevando en la mano un machete de fierro con funda de cuero, una soguilla, y otras pequeñas baratijas, observó que los espías se habían renovado, ocupando entonces el lugar del colector de diezmos y del alcalde, el comandante de la escasa guardia de la cárcel y un español de los que habían llegado fugitivos de los contornos de Valladolid. Entonces creyó conveniente poner aquello en conocimiento del cura.

—¡Demontrel! dijo aquel, esto sí me inquieta, porque pueden estorbarme algo esas gentes. Seguro que han entrado en recelos por mi viaje á Valladolid. Quiere decir que debemos escaparnos esta noche ó estar muy alertas.

Y se quedó combinando en su interior algun plan que pudiera darle resultados.

Cerca del oscurecer dijo á Colás:

—Sácate las bestias como que vas á darles agua y te las llevas sin que nadie te vea al corral de tía Juana..... ya sabes. Después, al toque de las oraciones, te vienes por detras del curato y por la tapia te echaré los arneses: los llevas allá y vuelves á recibir órdenes.

Una vez convencido Morelos de que era expiado muy de cerca por los realistas, pasó grandes trabajos para entenderse con el herrero, al cual comprometió á que velara toda la noche haciendo veinticinco picas

para las lanzas. En esto gastó el resto del dinero, reservándose doce reales para abrir la campaña.

Al oscurecer mismo, estaban reunidos los que desempeñaban autoridad en el pueblo en la casa del alcalde, y esto sirvió mucho para que no vieran salir el caballo y la mula, lo cual les hubiera llenado de mayores sospechas.

Después de haber expuesto cada cual las razones que tenía para creer al cura Morelos cómplice cuando menos de los insurgentes, se convino: 1.º En que era conveniente por sí ó por no, meterle aquella misma noche en la cárcel. 2.º En que hiciera la aprehensión el comandante, con orden escrita del alcalde sin mas compañía que dos hombres armados que podían quedarse en la puerta del curato. 3.º En apoderarse de todos sus papeles. 4.º Y en mandarlo bien custodiado á alguna intendencia, en caso de que se le encontrara algo, cualquiera cosa que pudiera comprometerlo.

A la hora de la aprehensión, que serían las ocho en punto, todos los demas se encontrarían listos en la plaza por lo que pudiera ofrecerse.

El español fugitivo, que era dueño de una hacienda, era el único que tenía un reloj de plata, y cuando en este faltaban diez minutos para los ocho, el comandante se fajó su espada y poniéndose al frente de dos hombres armados con fusiles de chispa descompuestos, se encaminó al curato. Los demas lo siguieron quedándose en observación á poca distancia.

El comandante tocó la puerta dando tres golpes sonoros.

Nadie contestó.

Dejó pasar un minuto y repitió los golpes con mas fuerza.

El mismo silencio.

Entonces creyó conveniente volver á consultar con sus compañeros sobre aquel caso extraordinario.

Se discutió y la discusión duró tres minutos, conviniéndose en que se volviera á llamar y si después de un intervalo prudente no se respondía, se tendría que llamar al herrero para que echara la puerta abajo.

El comandante volvió y golpeó con una piedra tan fuertemente que los golpes se oyeron por todo el pueblo.

Ya iba á retirarse cuando observó que se estaba abriendo una ventana.

—Quién es? preguntó Mónica con temblorosa voz.

—En nombre del rey, contestó el comandante con acento robusto, abra usted la puerta.

—Al momento, contestó la hermana del cura.

Y todavía tardó diez minutos en verse una luz á través de las rendijas de la puerta, y todavía después de otro rato se oyó la voz de Mónica que decía desde el zaguán:

—No parece la llave.

Nueva consulta del comandante con sus compañeros y nuevo acuerdo conforme al que debía intimarse á la hermana del cura, que si no abría tendría que echarse abajo la puerta.

Ya eran cerca de las nueve cuando la temblorosa Mónica, ayudada del muchacho que era por lo pronto toda su compañía, pudo abrir la puerta.

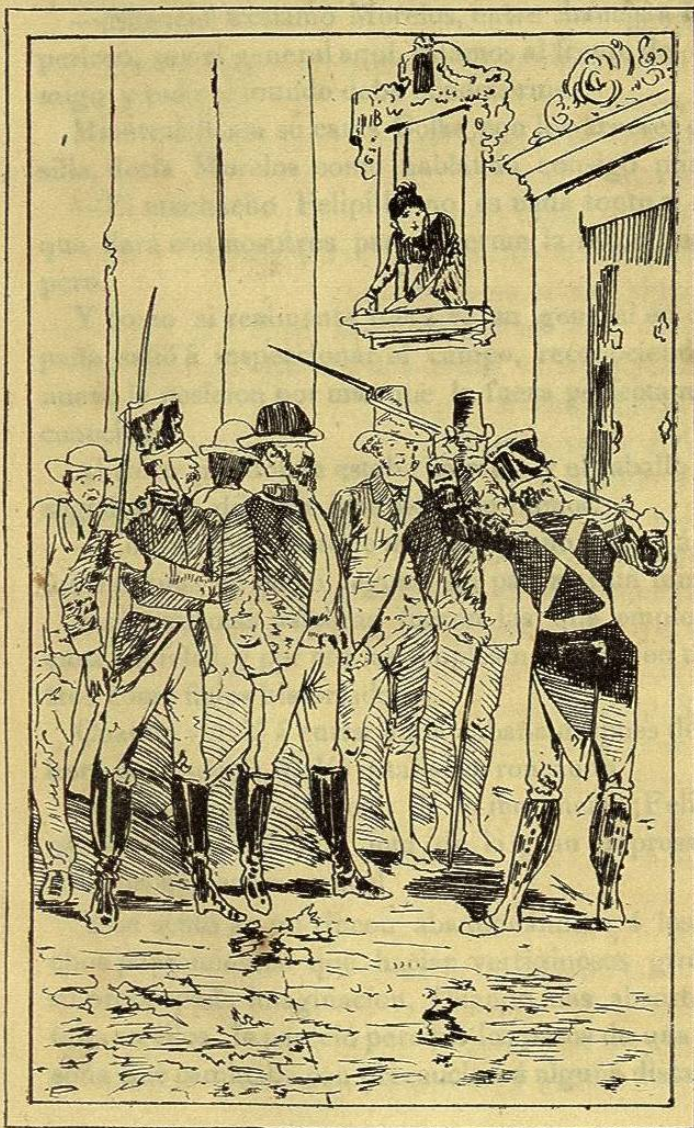
Entraron todas las autoridades al curato, se registraron hasta los últimos rincones, no estaban tampoco las bestias en la caballeriza, ni había en los armarios ningún papel comprometedor. . . . ¡el pájaro había escapado!

Ya se comprende lo que había pasado en el interior del curato. Morelos mientras cenaba había puesto al muchacho en la azotea de vigilante, y éste según lo convenido, le avisó de la llegada del comandante con dos hombres armados. El cura abrazó á su hermana, la dijo que retardara el abrir la puerta cuanto fuera posible y él se saltó ligeramente por la tapia que quedaba á la espalda yendo á incorporarse con Colás que le estaba esperando en la casa de la tía Juana, ya con las bestias ensilladas.

—Vámonos, dijo Morelos, á media legua de aquí solamente, es donde tengo que esperar una razón.

Y como que conocía muy bien los contornos, se metió sin seguir camino alguno por entre los potreros guareciéndose del tiempo que no era bueno, en una choza abandonada que estaba rodeada de árboles.

—Lo que es por esta noche podemos permanecer aquí tranquilamente, dijo con calma á Colás, puedes desensillar los animales y ponerlos un poco á comer, pues que á la media noche tengo que encargarte una comisión delicada. Duerme mientras yo hago mi cuarto de centinela.



—En nombre del rey, contestó el comandante con acento robusto, abra usted la puerta.

—Señor cura, yo velaré... empezó á decir Colás.  
—¡Silencio! exclamó Morelos, entre chancista é imperioso, soy el general aquí, estamos al frente del enemigo y todo el mundo debe obedecerme.

Mientras hacia su cama Colás con los arneses de la silla, decia Morelos como hablando consigo mismo:

—El muchacho Felipillo no es nada tonto y creo que dará con nosotros para traerme la razon que espero.

Y como si realmente fuera ya un general en campaña salió á inspeccionar el campo, reconociendo de nuevo la posicion por mas que le fuera perfectamente conocida.

Al pasar por donde estaba la mula y el caballo persegados, les dijo con tono de buen humor:

—Coman bien, porque muy temprano vamos á darles una soba de cinco leguas sin parar ni un minuto.

Estas mismas palabras fueron las que empleó el cura Morelos, y por eso las empleamos tambien nosotros como fieles historiadores.

Cuando volvió á entrar en la cabaña despues de una hora de ausencia, Colás estaba ya roncando.

—Bueno, dijo, el sueño de la inocencia. ¡Feliz él, que no comprende una jota de la gran empresa que traemos hoy entre manos!

Y se sentó en un rincon abandonándose á los muchos pensamientos que hacian vertiginosos giros en su preocupada imaginacion. Cuando mas absorto estaba en ellos le pareció percibir los pasos de una persona que caminaba con precaucion á alguna distancia.

Cogió su machete y salió á la puerta del jacal aguzando el oído.

—Debe ser Felipillo que viene aproximándose como una zorra.

Cuando oyó el ruido ya mas inmediato, dijo:

—Felipe?

—Yo soy, señor cura.

Felipe con la lucidez que le fué posible, refirió lo que habia pasado en el curato.

—¿No han maltratado para nada á la pobre de Mónica? preguntó Morelos despues de oír toda aquella sencilla relacion.

—Nó, señor cura.

—Y el herrero?

—Ha de venir con los fierros á las cuatro de la mañana, que yo lo traiga.

—Bien, vuélvete, acompaña á Mónica hasta las tres y á esa hora misma vas con el herrero y le ayudas á traer aquí esas cosas.

—Está muy bien, señor cura.

El muchacho se fué corriendo segun se lo permitia la oscuridad de la noche.

Colás no habia sentido nada de aquel coloquio.

Cuando el cura consideró que era tiempo movió varias veces á Colás hasta que despertó, explicándole su comision que consistía en ir al encuentro de Francisco el cual debia venir ya en camino para entrar en el curato á la madrugada. El objeto era desviarlo del pueblo y encaminarlo al sitio en que se hallaban y del cual debian salir precisamente con la primera

luz de la mañana antes de que empezaran á buscarlos por los alrededores.

Morelos se quedó solo con el cuidado del Cuartel General, que era aquel jacal de carrizos, y de las acémilas y pertrechos de guerra que eran la mula del curato y un machete de pésima calidad. Tambien se le quedaron los víveres que consistian en unas cantinas en donde se encontraba una gallina cocida y algunas tortas de maíz rellenas de frijoles. Pero en el tiempo que tuvo que aguardar que para él fué largo, y que sin embargo fué corto, no hubo ninguna novedad.

Primero llegó el muchacho acompañando al herrero y media hora más tarde Colás conduciendo á Francisco, el cual habia tenido grandes dificultades para hacer que su caballo que no era muy fuerte, llevara las 25 hastas que para él eran demasiado pesadas.

—Al trabajo, dijo Morelos, despues de explicarles lo que queria hacer con aquellas puntas de hierro y con aquellos palos de encino, tan bien y tan prontamente labrados.

Y todos cinco, tambien contamos á Felipillo, se pusieron á construir las veinticinco lanzas que habian de ser el pié veterano de Morelos para comenzar la gran revolucion de que estaba encargado.

Cuando estuvieron concluidas dijo á sus compañeros:

—Ahora á cargarlas en la mula que es el animal mas fuerte.

Quisieron hacerle presente que le hacia falta y otras cosas.

—Yo mando aquí y no gusto de que se me replique, exclamó con autoridad, iremos á pié ó como podamos á la hacienda de Guadalupe, en donde cuento con amigos y tendremos todos los caballos y mulas que queramos.

El herrero y el muchacho se volvieron al pueblo. Morelos montó en el caballo de Colás y éste y Francisco siguieron componiendo la base del ejército, que muy pocos meses despues habia de hacer temblar al gobierno español de la Nueva-Espana.



### CAPITULO TERCERO.

#### JOBRA DE DIOS!

Mónica hizo sus lfos y se fué lo más pronto posible á Valladolid dejando abandonado el curato. Las autoridades de Carácuaro recorrieron á la mañana siguiente los alrededores, y si bien dieron con las huellas de los fugitivos, consideraron de poca importancia el negocio y ni siquiera se ocuparon en dar parte al superior de aquellos acantonamientos.

Entretanto Morelos, despues de almorzar en la hacienda de Guadalupe en union de D. Rafael Guedea, que era muy su amigo, le pidió dos mulas prestadas, un caballo de mejor alzada que los que traia y tres mozos de confianza, con cuyo aparejo vadeó el rio de las Balsas y por senderos extraviados se dirigió hasta Zacatula, que consideró un lugar de mayores recursos que cualquiera de los que atrás iba dejando.